

10. No andaba mejor parado el trono que la Iglesia. El emperador Constantino, que murió en 1028, tres años después de su hermano Basilio, tuvo por sucesor al patricio Romano Argiro. Constantino era en extremo indolente: pasaba el tiempo en medio de bufones y aventureros, á quienes daba los primeros cargos del Estado. Su solo mérito era un raro conocimiento de los caballos. Tenia tres hijas: Eudoxia, Teodora y Zoé. En su lecho de muerte designó por sucesor suyo á Romano Argiro, general en su ejército. Argiro estaba casado con una mujer virtuosa llamada Helena. Al darle el imperio Constantino VIII le prevenia que repudiase á Helena y se casara con Teodora. Romano se negaba á esta orden, y citaba las leyes de la Iglesia opuestas al divorcio. « Si no haces lo que te pido, le dijo el moribundo emperador, te haré reventar los ojos antes de acabar el día (1). » Informada de la resistencia de su marido, Helena se fué á él, se echó á sus piés y le suplicó aceptase el imperio y la mano de Teodora. Romano Argiro cedió á las instancias de su esposa. Helena se encerró en un claustro diciendo: « Salvo los ojos y la vida de mi marido. ¡Qué me importa el imperio! » Al oír este sublime rasgo de Helena, Teodora exclamó: « ¡Viva Helena! » No, yo no me casaré con un hombre que así sacrifica á tal esposa. » Pero Zoé, menos generosa que su hermana y mas ambiciosa que esta, aceptó la mano de Argiro y el título de Augusta. Eudoxia habia tomado el velo y héchose monja. El patriarca griego no fué tan escrupuloso como Romano ni tan delicado como Teodora: ratificó lisa y llanamente el divorcio, y solo reparó en un grado lejano de parentesco entre los futuros. Pero Alejo de acuerdo con el clero decidió el caso en favor de las segundas nupcias. Por lo demás, Romano III Argiro, príncipe débil y desprovisto de talentos, reinó sin lauro, y en 1034 murió emponzoñado por su segunda mujer.

11. Muy fatales fueron para la Francia estos últimos años.

(1) Hay que tener por muy sospechosas todas las anécdotas orientales. La enemistad y el genio mentiroso de los escritores griegos del Bajo Imperio las dictaban y pasaban como hechos ciertos.
(El Traductor.)

Roberto Pio murió en Melun el 20 de julio de 1034: y fueron testimonio glorioso de su bondad para con los pueblos las lágrimas de todos sus vasallos. « Señor, decian, ¿porqué nos llevais un padre tan tierno? Era el amigo del pueblo, la antorcha de la justicia, el apoyo de los buenos. Pasó ya, en fin, ese hermoso reinado en que pasábamos apaciblemente nuestros días al abrigo del peligro y del infortunio. » La bondad de Roberto brilló en mil circunstancias. Habian conspirado contra él doce personas de su corte: Roberto mandó venir á los reos condenados á muerte, les hizo confesarse y comulgar; luego los puso en libertad diciendo: « No se puede hacer morir á los que Jesucristo ha admitido á su banquete. » Tal fué Roberto Pio. Su mayor elogio está comprendido en esta frase de un contemporáneo: « Fué rey de sus pasiones como de sus pueblos. » A la pesadumbre de su pérdida vino á juntarse el hambre mas horrible de que haya hecho mención la historia. Un desconcierto de las estaciones inaudito, lluvias continuas durante tres años consecutivos, desde 1030, impidieron el que llegasen á madurar ni á sazonzarse frutos ni cereales. [Se cuentan cosas horrorosas al paso que crímenes y castigos espantosos y terribles en tan funesto período.] El hambre causó tal mortandad, que los vivos no bastaban para enterrar á los muertos... Esta hambre y esterilidad principió en el Oriente; luego en la Grecia é Italia: siguió á las Galias y á la Inglaterra; y en fin cesó en 1033, en cuyo año la abundancia fué tal que igualaba á la cosecha de cinco años ordinarios. Estos desastres dieron lugar á actos heroicos de caridad. [Obispos, abades, clérigos y monjes, todos, todos rivalizaban en celo para socorrer á los pobres y asistir á los enfermos y afligidos. Se invirtieron bienes, frutos, alhajas y muebles de todas las iglesias y monasterios para alimento de los miembros pacientes de Cristo.] Con loable prevision los prelados proveian de granos á los labradores para que nunca estuviese sin cultura la tierra y no faltase esperanza de cosecha para los venideros.

12. La vuelta de la abundancia fué acogida por los pueblos

como un beneficio del cielo, y el reconocimiento fué tanto mayor cuanto mas sensibles las pasadas penas. Los obispos y gentes buenas se aprovecharon de tan buenas disposiciones para remediar los pasados desórdenes, y sobre todo para poner coto al hábito inveterado de saltar caminos, y pelearse unos señores con otros, á la profanacion de los sagrados recintos, á los continuos robos, á las violencias y sacrilegios. Varios concilios se celebraron en las provincias de Aquitania, Borgoña, Arles y Lyon, desde 1030 á 1033; y mandaron que en los dias consagrados á la memoria de los misterios de la religion, es decir, desde el miércoles de cada semana hasta el lunes por la mañana de la siguiente, hubiese suspension de armas entre todos los ciudadanos, cualquier motivo que mediara entre ellos. Esto es lo que se llamó *Tregua de Dios*. Desde esta época la guerra quedó insensiblemente sometida á reglas dictadas por la humanidad, el honor y la religion. Se publicó además una especie de legislacion militar, y bajo diferentes nombres se fundó una milicia encargada de su ejecucion. Era ya esto una victoria de la moral evangélica sobre las costumbres y legislaciones bárbaras del siglo. Los pueblos acogieron con entusiasmo estas medidas, y en tanto que los obispos levantaban sus báculos en señal de aprobacion, la muchedumbre exclamaba extendidas las manos: « ¡Paz, paz! » confirmando así el pacto perpetuo que acababan de contraer con Dios. Se contrajo obligacion de reunirse cada cinco años para testificar la fidelidad á la *Tregua de Dios*, y caso de infraccion ó de dudas, proveer de medios para consolidar la paz. El concilio de Limoges de 1031 excomulgó á los guerreros que se negaban á adherirse á tan prudentes reglamentos. Todos los obispos reunidos llevaban en la mano velas encendidas cuando se promulgaban las maldiciones siguientes: « Exco- » mulgamos á los guerreros que negaren á su obispo paz y » justicia. ¡ Sean malditos, ellos y sus cómplices! ¡ Malditas sean » sus armas, malditos sus caballos! Habiten con el fratricida » Cain, con el traidor Judas, con Datan y Abiron, que fueron » tragados vivos y sumidos en los infiernos! Y así como estos

» cirios se apagan á vuestra presencia, apáguese su gozo en » presencia de los ángeles, á menos que no satisfagan antes » de su muerte, y se sometan á justa penitencia. » Dicho esto los prelados volvian los cirios encendidos y los apagaban á sus piés ó en el agua.

13. El concilio de Limoges mandó además que fuese contado entre los apóstoles san Marcial; pues en efecto lo fué de aquella comarca, y el papa Juan XX confirmó esta decision. Pero los Lemosinos pretendian además que san Marcial habia sido uno de los setenta y dos discípulos enviados por el mismo Salvador: cuestion aun no resuelta.

14. Hacia el mismo tiempo, humanizó la guerra una nueva institucion que indicaba la tendencia general de los espíritus cristianos: esta fué la institucion de la caballería, que comenzó en Francia bajo el reinado de Roberto Pio y Enrique I, su sucesor. En su origen, la caballería cristiana era una consagracion religiosa del noble guerrero en defensa de la Iglesia y del pobre. El militar que deseaba recibir esta consagracion se presentaba al obispo, el cual bendecia su espada, desde luego, para que se emplease en servicio de las iglesias, de las viudas y huérfanos, y que los pudiese proteger contra la crueldad de los paganos y herejes. « Como vos, ¡ oh Señor! decia, disteis á » vuestro siervo David la victoria contra Goliath, é hicisteis que » Judas Macabeo triunfase de las naciones que os desconocian, » haced, ¡ oh Dios! que este vuestro siervo, que se humilla » bajo el yugo de la milicia santa, tenga valor y fuerza para » defensa de vuestra fe y de vuestra justicia. » El obispo ceñia la espada al nuevo caballero, que se levantaba, la hacia vibrar con fuerza, la enjugaba en su brazo izquierdo y la envainaba. El prelado le daba entonces el ósculo de paz; luego, con la espada desnuda en la mano derecha, le daba quedito tres golpes en las espaldas, diciéndole: « Sed guerrero pacífico, valiente, » fiel y celoso por Dios. » No se otorgaba la caballería sino á los de sangre noble y aguerridos en el servicio militar. Habia un noviciado de preparacion: el novel caballero se ponía algun tiempo á las órdenes de un caballero antes de serlo él

realmente. Los palacios de los señores fueron casi otros tantos seminarios de caballería. La corte del rey de Francia fué mirada como escuela superior de cortesanía para todo el reino. Esta jerarquía de educacion caballeresca, dulcificando las costumbres, era como viva imágen de la jerarquía política, y denotaba el tronco como cabeza del edificio social.

15. El emperador Conrado hizo acto de caballero defensor de los derechos de la Santa Sede, viniendo á proteger á Juan XX contra una conspiracion que contra él se habia formado en Roma mismo. Apenas si el papa pudo sustraerse á la muerte con que le amenazaban los rebeldes. Se vió obligado á huir, en 1033, para dejar se disipase el furor de los partidos. El fondo de esta conspiracion era el odio inveterado al yugo aleman. Conrado acudió precipitadamente á Roma, y su presencia sola contuvo á los revoltosos, y el papa pudo posesionarse de nuevo de su capital. Mas no por mucho tiempo, porque murió el 6 de noviembre del mismo año, despues de un pontificado harto feliz, y cuyo próspero transecurso hizo olvidar lo que en un principio tuvo de sospechoso.

§ II. PONTIFICADO DE BENEDICTO IX (9 de diciembre de 1033-mayo de 1044).
(Primer periodo.)

16. El pontificado supremo vuelve á entrar en una de esas épocas de envilecimiento sobre las que desea echar un velo el historiador. La mas alta dignidad espiritual instituida por Dios debia de ser conferida, segun el juicio humano, á quien estuviese revestido por Dios mismo de una fuerza moral superior, para poner á sus titulares al abrigo de ciertos reproches de que se apodera la malignidad hostil como de un arma contra la institucion misma. Entra sin duda alguna en el plan providencial el que la Iglesia, para mejor probar la divinidad de su fundacion y conservacion, experimente algunas veces la prueba mas dura de todas: resistir victoriosamente á la indignidad de sus cabezas.

17. Alberico, conde de Túsculo, tenia un hijo de diez ó

doce años, sobrino de Juan XX. Le vino la idea fatal de hacer subir este niño á la Silla de san Pedro. A pesar de los cánones, tan explícitos sobre esto; á pesar del sacrilegio de semejante tentativa, logró á precio de oro su criminal deseo, y el jóven Teofilacto fué elegido papa bajo el nombre de Benedicto IX, el 9 de diciembre de 1033. El emperador Conrado, en virtud del derecho de confirmacion en las elecciones pontificales, tantas veces estipulado en favor del imperio de Alemania, hubiera debido oponerse á esta promocion anticanónica: mas no lo hizo; pues que habiendo decaido de su primitivo fervor, llegó hasta vender los oficios eclesiásticos (1).

18. [A pesar de su juventud, la historia nada malo reprueba en Benedicto IX respecto de la doctrina y gobierno espiritual de la Iglesia. Su autoridad fué reconocida y respetada en toda la tierra.]

19. [Benedicto IX dió sucesivamente el palio á tres arzobispos de Hamburgo: Hermann, Bezelino y Adalberto. La Alemania, en medio de los desórdenes de esta época, suministraba una serie de virtuosos prelados y piadosos monjes. San Bardon, arzobispo de Maguncia, ilustraba su silla con su ciencia y piedad. San Popon, abad de Estavelo en la diócesis de Lieja, y mas tarde de San Vaast en Flandes, hacia revivir los tiempos de los Antonios y Benitos. San Gerardo, obispo de Chonad en la Hungría, renovaba los ejemplos de firmeza y

(1) En el triste relato de los pontífices desde Benedicto IX hasta Leon IX, no sabemos de dónde ha sacado datos la escuela moderna para desnaturalizar los hechos hasta un punto increíble. Ni Pío II, que escribió la historia de esta triste época, ni nuestro sabio y prudente Pedro Mexia, ni el doctor Illescas en su *Historia pontifical* suponen á Benedicto tan inmoral como lo pinta el abate Darras, con casi todos los Franceses. Lo mismo decimos respecto de los demás papas y antipapas de los desgraciados diez y seis años que mediaron desde Juan XIX á Leon IX. Ni hemos hallado que el primero solo tuviera doce años, ni que tuviese malas costumbres: solo sí que era apocado, y que la dependencia en que entonces vivian los soberanos pontífices de los emperadores y príncipes, por la pobreza y ningunos recursos de los Estados de los papas, hacia que los Romanos no les respetasen, y que fuesen tan libres no solo en hablar mal de sus soberanos, los papas, sino en hacer de los sucesores de san Pedro un juguete de sus intrigas y amaños. De esta perversidad de los Romanos han venido los cuentos y calumnias contra los papas. Nosotros protestamos contra todas estas exageraciones.
(El Traductor.)